



ESTUDIOS BÍBLICOS QUE ILUMINAN

Día de Pentecostés (C)
9 de junio de 2019

[RCL] Génesis 11: 1–9; Hechos 2: 1–21; Salmo 104: 25–35, 37; Romanos 8: 14–17; Juan 14: 8–17, 25–27

Génesis 11: 1–9

Este pasaje del Génesis describe un momento en el que toda la humanidad residía en un lugar y hablaba un solo idioma, una visión de la unidad que suena terriblemente atractiva hoy. Imagine cómo cambiaría nuestra percepción de los desafíos económicos y ambientales del mundo si nos viéramos como parte de una comunidad global, con lealtades que se extienden más allá de nuestra región, estado o nación en particular. ¡Y piense en lo delicioso que sería comunicar libremente nuestras esperanzas y sueños, nuestras alegrías y tristezas a cualquier persona del mundo con palabras que puedan entender completamente! Tristemente, en la historia de la Torre de Babel, el fruto de la unidad no es el reconocimiento de nuestra interdependencia, sino una ambición sobrecogedora teñida de miedo. En lugar de atender las necesidades más profundas de los demás, la humanidad buscaba construir un monumento para sí misma, uno que alcanzara los cielos más altos y, presumiblemente, pusiera a todas las personas en pie de igualdad con Dios. De hecho, Dios observa que nada de lo que se proponen hacer para seguir adelante les será imposible.

Podríamos pensar que en un mundo donde nada nos resultara imposible, todo sería mejor. Si fuera así, entonces la decisión de Dios de confundir nuestro lenguaje es, ¡confusa! Pero si se dice la verdad, la prisa por satisfacer nuestros propios deseos podría, una vez más, resultar en demostraciones de orgullo tonto en lugar de progreso mutuo. Después de todo, todavía buscamos glorificarnos a nosotros mismos a través de la búsqueda de la riqueza y las posesiones materiales, las torres gemelas de nuestra propia creación. Por otro lado, reconocer que confiamos en Dios atempera nuestro orgullo y fomenta un sentido de humildad. La humildad es un gran regalo, porque al reconocer nuestros propios defectos, sembramos las semillas de la compasión hacia los demás. La solidaridad enraizada en la compasión, en lugar de la vanidad, es la forma de unidad que Dios desea para nosotros.

- ¿Cómo su orgullo ha afectado su relación con Dios? ¿Con los demás?
- ¿Cuál sería una forma más humilde y productiva de dialogar con quienes no “hablan nuestro idioma”, ya sea que nos encontremos en la iglesia o en otra parte?

Hechos 2: 1–21

Los eventos de Pentecostés a menudo se conocen como “el cumpleaños de la Iglesia”. Pero el milagro de Pentecostés trata realmente de la llegada del Espíritu Santo, que desciende con el sonido del viento y la aparición de lenguas de fuego. En el drama de este momento, no debemos pasar por alto lo que sigue inmediatamente: los mismos discípulos están llenos del Espíritu Santo.

Todo lo que sucede después depende de este hecho.

Mediante el poder del Espíritu, los discípulos obtienen la capacidad de comunicarse con todos los reunidos a su alrededor, que han venido “de todas partes del mundo”. Esta no es una asamblea ordinaria, sino una colección políglota de hombres y mujeres de todo el mundo conocido. Sorprendentemente, cada uno oye hablar sobre las obras del poder de Dios en sus lenguas nativas, en palabras que profundizan su conocimiento del evangelio. Esto marca el comienzo del evangelismo cristiano, cuando los seguidores de Cristo comienzan a seguir el mandato de hacer discípulos de todas las naciones (Mateo 28:19).

La lectura de hoy del Antiguo Testamento nos recuerda que la construcción de la Torre de Babel terminó en confusión. El Día de Pentecostés, por el contrario, trae entendimiento mutuo. La historia anterior procede del deseo de los humanos de lograr gloria; esta última fluye del deseo del Espíritu Santo de conseguir armonía. Aquí hay una lección; al prestar menos atención a nuestros propios impulsos y más atención al movimiento del Espíritu, podríamos discernir mejor cuál es hoy la voluntad de Dios para la Iglesia.

Al confiar en que el Espíritu Santo todavía está trabajando, nuestras congregaciones no deben temer abrazar a personas de diferentes razas, idiomas y culturas, porque sabemos que el Espíritu puede convertir a la cacofonía de Babel en la unidad sonora de Pentecostés. E individualmente, deberíamos estar dispuestos a testificar de las obras del poder de Dios, dejando que los demás sepan que el Dios que hemos llegado a conocer a través de Cristo es una presencia amorosa y liberadora en nuestras propias vidas. ¡El Evangelio es una buena noticia, y merece ser compartido lo más ampliamente posible!

- ¿Cómo actúa el Espíritu Santo en su vida? ¿En la vida de su iglesia?
- Piense en las maneras en que podría compartir su conocimiento de Cristo con los demás, especialmente con personas cuyas experiencias de vida son diferentes a las suyas.

Salmo 104: 25–35, 37

Leemos el salmo de hoy en firme alabanza del Dios que ha creado “todo lo visible e invisible”, como lo atestiguan las palabras del Credo de Nicea. Sin embargo, el salmo también nos recuerda que toda la creación, incluidos nosotros, todavía depende de Dios. Dios envía su Espíritu, nos dice el salmista, y el mundo no solo se forma sino que se renueva continuamente. Debemos regocijarnos no solo por el hecho de la creación, sino también por el don del Espíritu que trabaja para renovar el mundo de Dios con cada uno y todos los días.

- ¿Puede recordar un momento en el que dependió especialmente de la gracia de Dios? ¿Qué eventos le condujeron a esa realización?
- Mirando hacia atrás, ¿cómo le sostuvo y renovó el Espíritu Santo?

Romanos 8: 14–17

Pablo testifica que cuando nos dejamos guiar por el Espíritu de Dios, nos mostramos como hijos de Dios. Siendo adoptados por Dios, todavía compartimos con Cristo como herederos de la promesa de Dios de una nueva vida. Pablo sugiere que cuando sufrimos, debemos recordar que Cristo sufrió, pero finalmente fue glorificado. Que algún día compartamos la gloria de Cristo

- ¿Qué significaría para nosotros permitirnos ser guiados por el Espíritu de Dios?
- ¿Es inevitable el sufrimiento, incluso para los hijos de Dios? ¿Es necesario que experimentemos el sufrimiento para apreciar más profundamente la redención ofrecida a través de Cristo?

Juan 14: 8–17, 25–27

“Estoy en el Padre y el Padre está en mí”, le dice Jesús a Felipe, y agrega que no habla por su propia cuenta. Más bien, “el Padre que mora en mí es el que hace sus propias obras”. Este es un testimonio notable; con estas palabras, Jesús revela la verdad de la Encarnación: que incluso en su humanidad, está íntimamente conectado con lo divino. Las obras que los discípulos han presenciado permiten que aquellos que no pueden creer las palabras de Jesús lo reconozcan a través de sus obras.

Sin embargo, hay más por venir. Jesús quiere que sus discípulos continúen experimentando la presencia divina, incluso después de que los haya abandonado. En consecuencia, él promete enviar un abogado, un consolador y un sanador que los acompañará para siempre. Todos estos términos describen al Espíritu Santo, que llega en Pentecostés y permanece entre nosotros como un maestro y guía constante, para la iglesia en su conjunto y para todos los que se esfuerzan por seguir a Cristo.

- Celebramos el don del Espíritu Santo cada año en Pentecostés. ¿Cómo ha sentido la presencia del Espíritu Santo hoy?